

IV.

Precisamente el domingo caía en 1.º de Noviembre, día de Todos los Santos, é iban á dar las nueve cuando el padre Godard, cura de Bazoches-le-Doyen, encargado de la antigua parroquia de Rognes, apareció en lo alto de la pendiente que iba á parar al puentecillo del Aigre. Rognes, más importante en otro tiempo, reducida á una población de trescientos habitantes escasos, no tenía cura desde hacía muchos años y parecía no importarle gran cosa el estar sin él, tanto que el municipio había dado casa al guarda de campo en la antigua casa del párroco, medio derruida.

Todos los domingos el padre Godard se echaba al colete, á pie, los tres kilómetros que hay desde Bazoches-le-Doyen á Rognes. Gordo y bajo, con el cogote muy colorado y el cuello tan gordo como la cabeza, que sin él querer se le iba hacia atrás, se había sujetado á ese ejercicio como medida higiénica. Pero aquel domingo veía que estaba un poco retrasado, y corría tanto que daba terribles resoplidos, abría desmesuradamente la boca enorme que adornaba su faz apoplética, donde la grasa había ahogado, por decirlo así, sus narices chatas y sus ojillos grises. Bajo aquel cielo ceniciento cargado de nieve, á pesar del frío precoz que seguía á las lluvias torrenciales de aquella semana, jugueteaba con su sombrero de tres picos que llevaba en la mano, y dejaba al descubierto su enorme cabeza, cubierta de espesísimos y desarre-

glados cabellos rojos, entre los cuales iban apareciendo ya algunas canas.

Al otro lado del Aigre, en la orilla izquierda, antes de llegar al puentecillo, no había más que unas cuantas casas que formaban un pequeño barrio, el cual atravesó el sacerdote con paso precipitado. Ni siquiera dirigió una mirada de curiosidad para aquel río que se deslizaba lenta y majestuosamente serpenteando por entre los prados y por entre los álamos y sauces que se alzaban á sus orillas. Pero al otro lado del puente, en la margen derecha del río, comenzaba el pueblo; una doble fila de fachadas que limitaban el camino por los dos lados, en tanto que otras casas construidas más atrás en la falda de la colina parecían plantadas al azar y contribuían al encanto del panorama. De pronto, después de pasar el puente, se encontró con la alcaldía y la escuela, una antigua granja con piso principal además de la planta baja, y blanqueada toda con cal.

El sacerdote vaciló por un momento y asomó la cabeza al vestíbulo, que estaba desierto. Luego se volvió y pareció inspeccionar de una sola mirada dos tabernas que había enfrente; una con escaparate muy limpio y adornado, encima del cual veíase una pequeña muestra de madera pintada de amarillo, en la cual se leía escrito en letras verdes: *Macqueron, especiero*; la otra, con la puerta simplemente adornada con un haz de sarmientos, y en la pared de la fachada sucia y desconchada escritas con carbón negro y en enormes letras estas palabras; *Tabaco, casa Lengaigne*. Y por entre las dos tabernas se decidió á tomar una callejuela estrecha y escarpada que conducía

á la iglesia. Detuvóse, sin embargo, al ver á un labriego que se acercaba.

—¡Ah! ¡sois vos, tío Fouan!.... Tengo prisa, pero quería ir á veros..... Decidme ¿qué hacemos? No es posible que vuestro hijo Buteau deje á Elisa plantada con esa barriga que cada vez va creciendo más y que no puede ser ya disimulada de ningún modo..... Es hija de la Virgen, ¡y eso es una vergüenza, una vergüenza!

El viejo le escuchaba con ademán de deferente cortesía.

—¡Caramba! señor cura, ¿qué queréis que yo haga si Buteau se obstina?.... Y después de todo, el muchacho tiene en parte razón, porque á su edad no puede uno casarse sin contar con algo.

—¡Pero si tiene un hijo!

—Sí, es verdad; pero ese hijo no está todavía hecho. ¿Quién sabe?.... Y además, creed que no es lo que más anima eso de un chico cuando no tiene uno ni siquiera pañales para envolverlo.

Decía estas cosas prudentemente, como viejo experimentado que conoce el mundo y la vida. Luego, con su voz siempre mesurada, añadió:

—De todos modos, puede que eso se arregle muy pronto..... Sí, he repartido mis bienes y se sortearán los lotes ahora dentro de un rato, después de misa..... Entonces, cuando tenga su parte, supongo yo y espero que Buteau pensará en casarse con su prima.

—¡Bueno!—dijo el cura.—Basta con eso, y espero en vos, tío Fouan.

Pero un toque de campana le dejó con la palabra en la boca, y preguntó como asustado.

—Este es el segundo toque, ¿no es verdad?

—No, señor cura, es el tercero.

—¡Ah! ¡demonio! ¡otra vez ese animal de Becú se pone á tocar sin esperarme!

Y jurando subió rápidamente la cuesta que formaba el callejón. Al llegar á la puerta de la iglesia estuvo á punto de tener un ataque apoplético.

La campana seguía sonando, en tanto que los cuervos, á los cuales había espantado, revoloteaban en torno del campanario, terminado en una primorosa flecha de hierro que atestiguaba la importancia que en otro tiempo tuvo Rognes. En la puerta, abierta de par en par, aguardaba un grupo de labriegos, entre los cuales se veía al tabernero Lengaigne, que era librepensador y que estaba fumando su pipa; más allá, apoyados en las tapias del cementerio, el alcalde, el propietario Hourdequin, hombre guapo, de facciones varoniles y enérgicas, hablaba con su secretario, el especiero Macqueron. Cuando el cura hubo pasado saludando, todos le siguieron, á excepcion de Lengaigne, que volvió la espalda limpiando tranquilamente su pipa.

Dentro de la iglesia, á la derecha del pórtico, un hombre colgado de una cuerda seguía tirando de ella sin cesar.

—¡Basta, Becú!—dijo el padre Godard fuera de sí.—Os he mandado veinte veces que me esperéis antes del tercer toque.

El guarda de campo, que era campanero, soltó la cuerda, asustado por haber desobedecido. Era un hombrecillo como de cincuenta años, con la cabeza cuadrada y el pelo cortado al rape, como buen soldado que había sido, con bigote y perilla grises y con el cuello tieso y comprimido por cor-

batines siempre estirados y estrechos. Aunque ya estaba borracho, al soltar la cuerda se quedó cuadrado militarmente sin permitirse la menor excusa.

Verdad es que el cura se alejaba hacia el otro lado de la nave y echando una mirada á los bancos. Había poca gente. A la izquierda no vió más que á Delhomme, que sin duda había ido en su calidad de concejal del Ayuntamiento. A la derecha, en el sitio de las mujeres, había, cuando más, una docena de éstas: conoció á Celina Macqueron, seca, nerviosa é insolente; á Flora Lengaigne, una mujer gorda y blanca; á la mujer de Becú, alta, morena y muy sucia. Pero lo que acabó de ponerle de mal humor fué ver en el primer banco á las hijas de la congregación de la Virgen. Francisca estaba allí entre sus dos amigas la hija de los Macqueron, Berta, una morenilla muy guapa, educada como una señorita en Cloyes, y la hija de los Lengaigne, Susana, una rubia, fea, desvergonzada, á quien sus padres iban á poner á oficio, mandándola de aprendiz á casa de una costurera de Chateaudun. Las tres se reían de una manera inconveniente, y al lado de ellas estaba la pobre Elisa, abultada, redonda, alegre y risueña, presentando el escándalo de su barriga delante del altar.

Por fin el padre Godard entró en la sacristía y cayó sobre Delfin y sobre Ernesto, que jugaban á darse empujones mientras preparaban las cosas para la misa. El primero, hijo de Becú, de edad de once años, era ya un mozo robusto y fornido que dejaba la escuela por la labor del campo, en tanto que Ernesto, el hijo mayor de Delhomme,

un rubio delgado y presumido, de la misma edad, llevaba siempre un pedazo de espejo escondido en el bolsillo.

—¡Bribones!—gritó el cura;—¿qué es esto? ¿creéis estar en una cuadra?

Y volviéndose hacia un joven alto y delgado, cuya cara empezaba á verse adornada ya por algunos pelos rubios, y que se hallaba colocando los misales en su atril correspondiente, le dijo:

—¡Verdaderamente, Sr. Lequeu, debierais tener cuidado de que estén quietos cuando yo no estoy aquí!

Era el maestro de escuela, un hijo de campesino que con la instrucción había bebido el odio á los de su clase. Violentaba á sus discípulos, les trataba de brutos y ocultaba sus ideas republicanas bajo la capa de su correcta frialdad ante el cura y el notario. Cantaba en el coro, hasta cuidaba de los libros de la iglesia; pero se había negado seriamente á tocar la campana, á pesar de ser esa la costumbre, porque lo consideraba tarea indigna de un hombre libre.

—Yo no soy policía de la iglesia—respondió secamente.—¡Ah! si estuvieran en mi casa, yo los metería en cintura con unos buenos pescozones.

Y mientras, sin contestarle, el cura se iba poniendo rápidamente el alba y la estola, continuó:

—Una misa rezada nada más, ¿no es verdad?

—Pues es claro.....y de prisa, porque tengo que estar en Bazoches antes de las diez y media para la misa mayor.

El Sr. Lequeu, que había cogido un abultado misal de la tabla de un armario, cerró éste y se fué á poner el libro en el altar.

—¡Vamos, vamos, de prisa!—decía el cura empujando á Delfín y á Ernesto.

Y sudando, jadeante todavía, con el cáliz en la mano, entró en la iglesia y empezó la misa, que ayudaban los dos muchachos, mirándose de cuando en cuando y haciéndose guiños y señas burlescas. La iglesia no tenía más que una nave con una media naranja guarnecida de una cornisa de encina que estaba ruïnosa á causa de la terquedad del Ayuntamiento, que se negaba terminantemente á conceder ningún crédito extraordinario; el agua de las lluvias filtrábase á través de la pizarra vieja que formaba el techo, y por dentro se veían grandes manchas amarillentas que denunciaban la humedad y la podredumbre de los materiales; y en el techo del coro—éste se hallaba cerrado por una verja—veíase una mancha verdosa que cortaba en dos la figura del Padre Eterno, á quien estaban adorando unos ángeles.

Cuando el cura se volvió hacia los fieles con los brazos abiertos, calmóse un poco al ver la gente que había ido: el alcalde, el secretario, los concejales del Ayuntamiento, el viejo Fouan, Clou el herrador, que tocaba el trombón en las misas cantadas. Lequet, con ademán digno y reposado, se hallaba en primera fila. Becú, borracho como una cuba, permanecía cuadrado militarmente allá en el fondo. Y en el sitio de las mujeres, sobre todo, los bancos se hallaban muy concurridos: Fanny, Rosa, la Grande y otras más; tantas, que las hijas de la congregación de la Virgen habían tenido que apretarse para dejarles sitio, y se hallaban ahora muy recogidas y juiciosas, con la nariz metida cada cual en su libro de misa. Pero lo

que más halagó al cura fué ver al señor y la señora de Charles con su nieta Elodia, el señor con levita de paño negro, la señora con vestido de seda verde, los dos graves y solemnes, dando buen ejemplo á todos.

A pesar de su satisfacción apresuraba la misa, comiéndose muchos latines y dando cortes al ritual. Después del Evangelio, sin subir al púlpito, sentado en una silla en medio del coro, empezó á predicar; se perdió y no hizo esfuerzos por coger el hilo de su peroración: la elocuencia era su lado endeble; las palabras no acudían nunca á sus labios; lanzaba *y..... hermanos..... eh..... y.....* sin poder jamás concluir las frases; cosa que explicaba el por qué le tenía tan olvidado el obispo después de los veinticinco años que llevaba de cura párroco en Bazoches-le-Doyen. El resto de la misa fué á paso de carga; los toques para alzar sonaron como señales eléctricas, y su despedida á la gente, su *Ite, misa est*, fué aquel día un latigazo.

Apenas se veía la iglesia desocupada, y ya el padre Godard había aparecido transformado, con el sombrero negro puesto al revés á consecuencia de la prisa con que se había vestido. Delante de la puerta había un grupo de mujeres, Celina, Flora, la de Becú, muy enfadadas porque les hubiesen dicho la misa al galope. ¿Sería que las despreciaba, cuando las trataba de aquel modo en día de fiesta tan grande?

—Decidme, señor cura—preguntó Celina con su voz agria, deteniéndolo al salir á la calle—¿tenéis algo contra nosotras, que nos despreciáis como si fuéramos unos trapos?

—¡Ah! ¡Dios santo!—respondió él;—los míos

me están esperando..... No puedo estar en Rognes y en Bazoches al mismo tiempo..... Tened un cura para vosotros solos, si queréis oír misas largas.

Era ésta la eterna cuestión entre la gente de Rognes y el sacerdote; la gente pidiéndole consideraciones, y él limitándose á cumplir su deber estricto respecto á un Ayuntamiento que se negaba á reparar la iglesia, y en el cual por otra parte estaban ocurriendo continuamente escándalos que le quitaban las ganas de pensar en la gente aquella.

—Y además—continuó el padre de almas—se le quitan á uno las ganas de hacer ceremonias religiosas delante de muchachas que no tienen el menor respeto á los mandamientos de la ley de Dios.

—¡Supongo que no lo diréis por mi hija!—dijo Celina apretando los dientes.

—Ni por la mía tampoco—añadió Flora.

Entonces él, harto ya, se disparó.

—Lo digo por quien debo decirlo..... La cosa salta á la vista. ¡Buenas fachas hacen cuando se visten de blanco! No veo aquí ni una sola procesión en la cual no vaya alguna soltera en estado interesante..... ¡No, no se os puede sufrir! ¡Sois capaces de cansar al mismísimo Dios!

Las abandonó, y la mujer de Becú, que no había dicho esta boca es mía, tuvo que poner paz entre las dos madres, que excitadas y fuera de sí, lanzaban tremendas acusaciones cada cual contra la hija de la otra; pero ponía paz en un tono tan sarcástico y con frases tan cargadas de reticencias, que la disputa se agravó. ¡Berta, ya, ya veríamos en lo que acababan aquel afán de ponerle vestido

de señorita y enseñarla á tocar el piano! ¡Pues y Susana! ¡vaya una idea la de enviarla de aprendiz de modista á Chateaudun para que en seguida tuviera un tropiezo grande.

El padre Godard, libre por fin de las charlatanas comadres, iba ya á escapar á paso ligero, cuando se encontró con Charles. Su cara se animó con una sonrisa dulce y amable, y quitándose el sombrero de tres picos hizo un reverente saludo. El señor, majestuoso, devolvió el saludo; la señora sonrió graciosamente al cura. Pero estaba de Dios que el sacerdote no pudiera acabar de marcharse, porque aun no había atravesado toda la plaza cuando tuvo un nuevo encuentro. Era con una mujer muy alta, de treinta años de edad próximamente, que representaba lo menos cincuenta, de cabellos escasos, de cara aplastada, morena, renegosa, amarillenta, y que destrozada, abatida por el trabajo durísimo que hacía, vacilaba bajo el peso de un haz de leña que llevaba á cuestas.

—Palmira—preguntó él—¿por qué no habéis venido á misa en un día tan grande como el de Todos los Santos? Eso está muy mal hecho.

Ella dió un gemido.

—Es verdad, señor cura. Pero ¿cómo iba á arreglarlo?..... Mi hermano tiene mucho frío; en casa nos estamos helando; así es que he tenido que ir á buscar esta leña.

—¿Y la Grande, sigue tan firme y tan dura como siempre?

—¡Ah, sí! mejor se mataría que darnos un bocado de pan.

Y con su voz doliente repitió su historia: que la abuela los echó á la calle y que tuvo que ir con

su hermano á albergarse en un establo abandonado. El pobre Hilario, tonto, con la boca torcida á causa de una enfermedad, sin malicia ninguna á pesar de sus veinte años, era idiota y nadie quería darle trabajo. Ella, pues, trabajaba para él, pero trabajaba á matarse, y tenía para aquel enfermo cuidados apasionados, y una valerosa ternura verdaderamente maternal.

Al escucharla, la faz abotagada y sudorosa del padre Godard se transfiguraba y adquiría una expresión de bondad exquisita. Sus ojillos siempre furiosos se embellecían, retratándose en ellos la caridad; su enorme boca adoptaba una expresión elocuente de dolor. El terrible gruñón, siempre dispuesto á violencias de lenguaje y de modales, tenía la pasión de los pobres, les daba todo su dinero, su ropa, hasta el punto de que era imposible encontrar en toda la región del Beauce un cura que llevase una sotana más raída y más remendada.

Se registró los bolsillos apresuradamente, y entregó á Palmira una moneda de cien sueldos.

—Tomad y escondedla, que no llevo más para los otros..... Tendré que hablar nuevamente á la Grande, ya que la pícara es tan mala.

Y echó á correr. Por fortuna, porque iba sin respiración y sin aliento, al subir la colina que hay al otro lado del Aigre, el carnicero de Bazoches-le-Doyen, que volvía al pueblo, lo subió en su carricoche, y desapareció allá á lo lejos, sacudido por el movimiento del carro y destacando en el fondo azul sucio del cielo la silueta de su sombrero de tres picos.

Entretanto la plaza de la iglesia se había que-

dado desierta. Fouan y Rosa se habían marchado á su casa, donde ya les estaba esperando Grosbois. Un poco antes de las diez Delhomme y Jesucristo llegaron á su vez; pero en vano esperaron á Buteau hasta las doce. Aquel demonio no podía ser nunca puntual. Sin duda se habría detenido en cualquier parte para almorzar. Se trató de no esperarlo y pasarse sin él; luego, el vago temor que inspiraba por su mala cabeza hizo que se decidieran á hacer el sorteo después de almorzar, á eso de las dos de la tarde. Grosbois, que aceptó un pedazo de jamón y una copa de vino, acabó la botella y empezó otra y entró en su estado habitual de embriaguez.

A las dos no había parecido tampoco Buteau. Entonces Jesucristo, influido por la necesidad de paseo y diversión que sentía todo el pueblo en un domingo que era de fiesta tan grande, se fué á dar una vuelta por casa de Macqueron y asomó la cabeza á la tienda; el resultado fué bueno; la puerta se entreabrió bruscamente y apareció Becú gritando:

—¡Ven, mala pécora; yo pago una copa!

Se había estirado más porque á medida que iba emborrachándose aparecía siempre más correcto y más digno. Una fraternidad de viejo soldado borracho, cierta secreta simpatía lo arrastraba hacia el cazador; pero evitaba confesarlo cuando se hallaba en el ejercicio de sus funciones con la placa antigua de su oficio de guarda forestal, y siempre dispuesto á encarcelarlo si lo cogía en flagrante delito, aunque su corazón tuviese que luchar con la idea de su deber. En la taberna, cuando estaba borracho, lo trataba como á un hermano querido.

—Una bala rasa, ¿eh? ¿quieres? ¡Y qué demonio, si los beduinos nos fastidian, les cortamos las orejas y se acabó!

Instaláronse junto á una mesa y jugaron á las cartas, disputando á voz en cuello, en tanto que los cuartillos de vino desaparecían como si fueran de agua.

Macqueron en un rincón, callado, con su abultada y bigotuda cara muy seria y muy grave, se entretenía en cruzar y descruzar las manos. Desde que había conseguido ganarse una fortunita que le producía rentas, especulando en vinos de Montigny, se había hecho perezoso y no hacía más que cazar, pescar y darse la vida de un burgués rico, y seguía siendo muy sucio y vistiéndose de guñapos, en tanto que su hija Berta arrastraba junto á él las colas de tres vestidos de seda. Si su mujer le hubiese hecho caso, habrían cerrado la tienda de ultramarinos y la taberna y todo, porque iba siendo vanidoso y sentía ambiciones sordas é inconsistentes todavía; pero su mujer tenía un afán desmesurado de lucro, y él no se ocupaba de nada, pero la dejaba que despachase copas de aguardiente, para fastidiar á su vecino Lengaigne que tenía la tienda de tabaco y al mismo tiempo despachaba vino. Entre los dos había una rivalidad antigua, jamás extinguida, siempre dispuesta á estallar.

Había, sin embargo, semanas durante las cuales vivían en paz; y precisamente en aquel momento Lengaigne entró con su hijo Víctor, un muchacho muy alto y muy desgachado, que debía entrar en quinta al año siguiente. Él, muy alto, con una cabecita pequeña colocada sobre unos

hombros huesudos, había seguido siendo labrador y cuidaba sus tierras mientras su mujer despachaba tabaco y vino. Y lo que le daba cierta importancia en la comarca era que afeitaba y cortaba el pelo á la gente del pueblo; un oficio que había aprendido en el servicio militar, y que ahora ejercía en su casa ó á domicilio, según el gusto ó la exigencia de sus parroquianos.

—¿Qué hay? ¿nos afeitamos hoy, compadre?—preguntó desde la puerta.

—¡Toma! ¡es verdad que te dije que vinieses! exclamó Macqueron.—¡Sí, hombre, sí; ahora mismo si tú quieres!

Descolgó una vacía vieja, cogió jabón y agua tibia, mientras el otro sacaba del bolsillo una navaja de afeitar enorme, que parecía un cuchillo de cocina, y empezaba á afilarla en una correa. Pero de la tienda contigua llegó allí una voz chillona:

—¡Eh! ¿qué es eso?—gritaba Celina.—¿Es que vais á hacer esas porquerías en la misma mesa donde se bebe? ¡No quiero que en mi casa encuentren los parroquianos pelos en los vasos!

Era un ataque á la limpieza de la taberna próxima, donde, según ella decía, se comían más pelos que vino se bebía.

—¡Vende sal y especias y déjanos á nosotros en paz!—respondió Macqueron, molesto por aquella salida de tono habiendo gente delante.

Jesucristo y Becú se echaron á reír. ¡Eh, burguesal! Y le pidieron otro jarro de vino, que ella les sirvió furiosa, aunque sin decir una palabra. Ellos dos estrujaban las cartas, las tiraban violentamente encima de la mesa como si así quisieran pegarse

é insultarse. ¡Esa baza es mía! ¡Y esa mía! ¡Ahora yo!

Lengaigne había ya untado de jabón la cara de su parroquiano y lo había ya cogido por la punta de la nariz para comenzar la operación del afeitado, cuando Lequeu, el maestro de escuela, abrió la puerta.

—¡Buenos días, señores!

Y se quedó de pie, silencioso, delante de la chimenea, calentándose los riñones, en tanto que el joven Víctor, colocado detrás de los jugadores, seguía absorto y con el mayor interés los incidentes del juego.

—A propósito—replicó Macqueron, aprovechando un minuto en que Lengaigne limpiaba la navaja en un trapillo que le había puesto en el hombro—el señor Hourdequin, ahora poco, antes de que entráramos esta mañana en misa, me ha vuelto á hablar del camino.... Sería necesario decidirse.

Se trataba del famoso camino vecinal entre Rognes y Chateaudun, que acortaría la distancia entre los dos puntos lo menos en dos leguas, porque ahora los carruajes tenían necesidad de dar la vuelta por Cloyes. Naturalmente, para la granja era de un grandísimo interés esta nueva vía, y el alcalde, por conquistar los votos del Ayuntamiento, contaba con el secretario, que también se hallaba interesado en que se le diera al asunto una pronta solución. Se trataba, en efecto, de unir el camino con la carretera general, lo cual facilitaría á los carruajes el acceso á la iglesia, á la cual no se podía llegar ahora más que por veredas y senderos que parecían hechos para que trepasen las cabras, y precisamente el trazado en

proyecto pasaba por la callejuela en rápida pendiente que pasaba por entre las dos tabernas. Bastaría con ensancharla un poco, disminuir un poco la pendiente y los terrenos del especiero, que cambiarían así de condiciones en seguida y valdrían diez veces más.

—Sí—continuó—parece que el Gobierno espera, para ayudarnos resueltamente, á que vote-mos por algo.... ¿No es verdad que tú sabes algo de eso?

Lengaigne, que era concejal, pero no poseía ni siquiera un jardinillo detrás de su casa, respondió:

—¡A mí me tiene sin cuidado! ¿Qué me importa ese camino, ni la carretera, ni nada?

Y emprendiéndola con la otra mejilla de su parroquiano, á quien raspaba con la navaja de afeitar como si la estuviera pasando por un pellejo, empezó á hablar mal de la granja. ¡Ah! los malditos burgueses de ahora son peores que los señores feudales de otros tiempos; ¡sí, se habían quedado con todo al repartir, no hacían las leyes más que para sí propios, y sólo vivían de la miseria de los pobres! Todos le escuchaban inquietos, pero satisfechos en el fondo de que se atreviese á hablar de aquella manera, exponiendo el odio secular indomable del campesino contra los poseedores de la tierra.

—Gracias á que estamos aquí solos—murmuró Macqueron lanzando una mirada inquieta al maestro de escuela.—Yo soy amigo del Gobierno.... y de nuestro diputado el señor de Chedeville, que según parece es muy partidario del Emperador....

Al oír esto Lengaigne agitó furiosamente su navaja de afeitar.

—¡Otro que tal! ¡Buen pájaro!..... Pues qué, un ricacho como él, que posee más de mil hectáreas por la parte de Orgeres, ¿no debía regalárnoslas para que hiciésemos el camino, en vez de sacarle el dinero al Ayuntamiento? ¡Mal bicho!

Pero el especiero, aterrado aquella vez, protestó.

—No, no, es muy honrado y muy poco orgulloso..... Sin él no habrías tú tenido tu despacho de tabaco. ¿Qué dirías si te lo volvieran á tomar?

Calmado de pronto, Lengaigne signió arañándole la barba. Había ido demasiado lejos; su mujer tenía razón al decirle que sus ideas le darían alguna mala vuelta. Oyese entonces una disputa entre Becú y Jesucristo. El primero tenía mal vino y le daba por pelarse, mientras el segundo, que era un ganapán terrible cuando estaba en ayunas, se iba enterneciendo más á cada vaso de vino, y cuando estaba borracho parecía un apóstol. A esto había que añadir su diferencia radical de opiniones; el cazador furtivo, republicano ó rojo como se decía, se vanagloriaba de haber, en 1848, en Cloyes, hecho bailar el rigodón á los burgueses; el guarda campestre, de un bonapartismo feroz, adoraba al Emperador, á quien pretendía conocer.

—¡Yo te juro que sí! Hemos comido juntos una ensalada de arenques. Y entonces me dijo: «Ni una palabra; soy el emperador.....» Lo reconocí bien por haber visto su retrato en las monedas.

—¡Un canalla completo, que pega á su mujer y que no ha querido jamás á su madre!

—¡Cállate, ó te rompo la cabeza!

Hubo que quitar de las manos á Becú el vaso que levantaba, mientras que Jesucristo, con los

ojos humedecidos, esperaba el golpe con una resignación sonriente. Y se pusieron otra vez á jugar fraternalmente.

Macqueron, á quien la indiferencia afectada del maestro de escuela turbaba, acabó por preguntarle:

—Y vos, señor Lequen, ¿qué decís?

Lequen, que se estaba calentando las manos en el cañón de la estufa, se sonrió agriamente como un hombre superior á quien su posición impone el silencio.

—Yo no digo nada, no me importa.

Entonces Macqueron fué á meter su cara en un lebrillo lleno de agua, y dijo mientras se secaba:

—Pues bien, escuchad esto: yo quiero haecr alguna cosa..... Sí, voto á..... y si se resuelve lo del camino, doy mi terreno por nada.

Aquella declaración dejó á todos estupefactos. Hasta Jesucristo y Becú, á pesar de su borrachera, levantaron la cabeza. Reinó el silencio, y se le miró como si de pronto se hubiera vuelto loco; y él, estimulado por el efecto producido y con las manos temblorosas, prosiguió:

—Habrá una media tahulla..... ¡Lo dicho!

Lengaigne se marchó con su hijo Víctor, exasperado por aquella prodigalidad de su vecino; la tierra no le costaba casi nada; bastante había robado. Macqueron, á pesar del frío, cogió su fusil y salió á ver si tropezaba un conejo que había apercibido el día antes en su viña. No quedó nadie más que Lequen, que pasaba allí los domingos sin beber nada, y los dos jugadores empedernidos, con la nariz metida entre las cartas.

Pasaron dos horas, durante las cuales entraron y se volvieron á marchar otros campesinos.

A eso de las cinco, una mano brutal empujó la puerta y apareció Buteau seguido de Juan. Desde que vió á Jesucristo, gritó:

—Habría apostado cien sueldos..... ¿Es que te estás burlando? Estamos esperándote.

Peró el borracho contestó:

—¡Está bueno esto!..... Soy yo quien te esperaba..... desde esta mañana.

Buteau se había detenido en la Borderie, donde Santiaguilla, á la que desde los quince años tumbaba entre los trigos y sobre los montones de paja, lo había retenido para comer unos asados con Juan. Habiendo ido á almorzar á Cloyes Hourdequin, al salir de la misa, los muchachos, que habían vuelto solos, no habían podido encontrarse á sus anchas hasta muy tarde.

Becú decía que él pagaba los cinco litros, pero que había que continuar la partida; mientras que Jesucristo, que se había levantado con trabajo de la silla, seguía á su hermano, riendo solo y con los ojos anegados en dulce expresión.

—Espera allá—dijo Buteau á Juan—y dentro de media hora búscame..... Ya sabes que comes conmigo en casa del padre.

En casa de los Fouan, cuando los dos hermanos entraron en la sala, estaban ya todos reunidos. El padre en pie con la cabeza baja; la madre sentada cerca de la mesa del centro, hacía media; enfrente de ella Grosbois, había comido y bebido tanto, que estaba medio dormido, mientras que más lejos, en dos sillas bajas, Fanny y Delhomme esperaban pacientemente. Y ¡cosa rara! en aquella pieza ahu-

mada, además de los pobres viejos muebles y de los utensilios gastados por la limpieza, había una hoja de papel blanco, un tintero y una pluma en la mesa al lado del medidor y cerca de un sombrero negro, monumental, casi rojo ya después de recibir durante diez años la lluvia y el sol. Caía la noche, y por la estrecha ventana penetraba una luz dudosa que daba al sombrero un relieve extraordinario con sus alas caídas y su forma de urna.

Peró Grosbois, siempre en su negocio á pesar de su borrachera, dijo:

—Ya estamos todos..... Os decía que el acta está preparada. Ayer he pasado por la casa del señor Baillehache, que me la ha enseñado. Solamente están en blanco los números de los lotes á continuación de vuestros nombres..... Vamos á arreglar esto, y el notario no tendrá más que inscribirlos, para que podáis firmar el acta el sábado.

Irguióse un poco alzando la voz.

—Vamos, voy á preparar los billetes.

Con un brusco movimiento aproximáronse los hijos, sin tratar de ocultar su desconfianza. Vigilábanle, estudiaban sus menores gestos, como si fuera un prestidigitador capaz de escamotearles sus partes en la herencia. Grosbois, con sus temblorosas manos de borracho, había cortado en tres pedazos la hoja de papel; luego en cada pedazo escribía una cifra, 1, 2, 3, muy marcada, y por encima de sus hombros todos seguían la pluma; hasta el padre y la madre inclinaban la cabeza, satisfechos de asegurarse de que no había trampa posible. Las papeletas fueron dobladas lentamente y echadas en el sombrero. Reinó un silencio solemne.

Al cabo de dos minutos Grosbois dijo:

—Hay que decidirse.... ¿Quién de vosotros comienza?

Nadie se movió. Las sombras iban siendo cada vez más densas, y en ellas el sombrero parecía crecer.

—Por orden de edades, ¿queréis?—propuso el medidor.—Tú, Jesucristo, tú eres el mayor.

Jesucristo avanzó dócilmente, pero perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse. Había metido la mano en el sombrero con un esfuerzo violento como para retirar una gran piedra. Cuando cogió la papeleta, acercóse á la ventana.

—¡Dos!—exclamó, encontrando sin duda muy graciosa aquella cifra, porque soltó la carcajada.

—Ahora tú, Fanny—dijo Grosbois.

Cuando Fanny tuvo la mano en el fondo, no se apresuró mucho. Movía las papeletas, las palpaba y parecía querer pesarlas.

—Está prohibido escoger—dijo furiosamente Buteau, que había palidecido al escuchar el número sacado por su hermano.

—¿Y por qué? no miro, y bien puedo tocar.

—¡Bah!—murmuró el padre.—Tan pesado es un papel como otro.

Al fin se decidió Fanny y corrió á la ventana.

—¡Uno!

—El tres es de Buteau—añadió Fouan.—Sácalo, hijo mío.

En la creciente obscuridad no se había podido ver la descomposición del rostro del joven. Su voz estalló colérica:

—¡Jamás!

—¡Cómo!

—Si creéis que acepto, os equivocáis.... El tercer lote, ¿no es esto? ¡El malo! Bien claro os he dicho que yo quería partir de otro modo. ¡No, no! Os burláis de mí.... ¿Creéis que no veo claro en vuestras maniobras? ¿No era el más joven el que debía sacar el primero? No, yo no la saco.

El padre y la madre le miraban gesticular con pies y manos.

—¡Pobre hijo! Te vuelves loco—dijo Rosa.

—¡Oh, madre! bien sé que jamás me habéis querido. Seríais capaz de arrancarme la piel para dársela á mi hermano....

Fouan le interrumpió duramente.

—¡Basta de tonterías, hein! ¿La sacas, sí ó no?

—Quiero que se comience otra vez.

Pero hubo una protesta general. Jesucristo y Fanny apretaban sus papeletas como si alguien tratara de quitárselas. Delhomme declaraba que el sorteo se había hecho honradamente, y Grosbois, muy ofendido, hablaba de irse si se sospechaba de su buena fe.

—Entonces quiero que padre añada á mi parte mil francos.

El viejo, aturdido un momento, irguióse y se adelantó terrible.

—¿Qué es lo que dices? ¿Quieres asesinarme, mal bicho? Aunque derribaran la casa no se encontraría nada. ¡Toma la papeleta, ó no tendrás nada!

Buteau, muy duro de cabeza, no retrocedió ante la ira de su padre.

—¡No!

Volvió á reinar un embarazoso silencio. Ahora estorbaba el enorme sombrero con aquella pape-

leta que nadie quería coger. Y el viejo gravemente la sacó y fué á la ventana á leerla.

—¡Tres!.... Tú tienes el tercer lote, ¿oyes? El acta está preparada, y el señor Baillehache no cambiará nada..... Y pues que duermes aquí, te doy la noche para reflexionar..... Ea, esto se ha acabado; no hablemos más.

Buteau, envuelto en las sombras, no contestó. Los demás aprobaron, mientras que la madre se decidió al fin á encender una luz para poner la mesa.

En aquel momento, Juan, que venía á reunirse con su compañero, apercibió dos sombras enlazadas, mirando desde la calle lo que hacían en casa de los Fouan. Comenzaba á nevar.

—¡Oh! señor Juan—dijo una voz dulce—nos habéis asustado.

Entonces él reconoció á Francisca, muy arrebatada. Estrechábase contra su hermana Elisa, pasándole un brazo por la cintura y apoyando la cabeza en su hombro. Las dos hermanas se adoraban, y siempre se las encontraba juntas de aquel modo. Elisa, más alta, con su aspecto agradable, á pesar de sus pronunciadas facciones y del incipiente abultamiento de toda su persona, parecía gozosa en la desgracia.

—¿Espíabais?—preguntó Juan alegremente.

—¡Diablo!—contestó ella sin ocultarlo—creo que me interesa lo que sucede ahí dentro..... Saber si esto decidirá á Buteau.

Francisca, con un gesto cariñoso, puso su mano en el vientre inflado de su hermana.

—¡Si está esto permitido!... ¡El cochino!... Aca-so cuando tenga sus tierras pretenderá una mu-chacha más rica.

Pero Juan les dió esperanzas; la partición debía estar concluida, y ya se arreglaría lo demás. Luego, cuando él les dijo que comía con los viejos, Francisca añadió al marcharse:

—¡Ah, bueno! os volveremos á ver en seguida. Iremos á la velada.

El las vió perderse en la obscuridad. La nieve iba espesando, y sus faldas unidas parecían irse ocultando tras un velo blanco.

V.

Á las siete, después de la comida, los Fouan, Buteau y Juan habían ido al establo á reunirse con las dos vacas que Rosa debía vender. Aquellos animales, atados en el fondo, caldeaban aquel espacio cerrado con el fuerte vaho que despedían, mientras que la cocina, con los tres tizonos de cocer el puchero, estaba muy fría con las precoces heladas de Noviembre. En invierno pasaban allí las veladas muy calientes, sin otro trabajo que traer una pequeña mesa y una docena de sillas.

Cada vecino traía la luz cuando le tocaba, y espesas sombras danzaban á lo largo de las desnudas paredes, ennegrecidas por el polvo y llenas de telas de araña; pero se estaba muy bien allí en aquella atmósfera que formaban los tibios alientos de las bestias.

La Grande llegó la primera con su media. ¡Jamás llevaba luz, abusando de su edad, que la hacía irresistible. En seguida cogió el mejor sitio, acercándose la luz como para ella sola, á causa de su mala vista. Dejó apoyada en la silla la caña,